

Transporte

U.G.T.

Año X. Núm. 111

Madrid, noviembre de 1935

Tercera época

Órgano de la Federación Provincial de Obreros del Transporte + Piamonte, 7 + Tel. 47719

Por el indulto de un compañero condenado a muerte



Por un Consejo de guerra celebrado en Oviedo fué condenado a la última pena el compañero Florentino Prieto Cueto, cobrador del tranvía en aquella capital, como consecuencia de los sucesos ocurridos en el mes de octubre de 1934 en la región asturiana; esta sentencia ha sido confirmada por la Sala sexta del Tribunal Supremo y ya, por lo tanto, no queda otra cosa para que no se cumpla pena tan terrible que la prerrogativa del indulto. La esposa de este compañero, Oliva Vega, y sus dos hijas, niñas de corta edad, se hallan ahora constantemente bajo la horrible interrogante de si se cumplirá la fatal sentencia, y el recorrido del calvario de amargura que hace un año, día tras día, vienen andando les ha traído a Madrid para gestionar de los Poderes públicos la conmutación de la pena, pena de oprobio de todo país medianamente civilizado.

Ni que decir tiene que la Federación Provincial de Obreros del Transporte de Madrid se ha asociado desde el primer momento a cuantas gestiones ha hecho esta compañera para conseguir el indulto y constantemente ha de seguir trabajando en este sentido hasta que oficialmente sea una realidad la conmutación de la pena.

Todos los obreros en general, y muy especialmente los del Transporte, se hallan en la obligación de trabajar por el indulto de este compañero recogiendo firmas de petición de indulto y mandando adhesiones en este sentido a toda la prensa liberal, como asimismo escribiendo al Gobierno en solicitud de que la sentencia de muerte no se lleve a cabo y lo más pronto posible llegue la tranquilidad a los ánimos atribulados de la esposa e hijas de Florentino Prieto Cueto.

Esperamos que todos los afiliados del Transporte se den cuenta de la actividad con que han de desenvolver su solidaridad, ya que de esta actividad depende el que salgan de la horrible pesadilla en que se hallan sumidos el compañero Florentino y sus más caras afecciones.

!!!Todos por el indulto de Florentino Prieto Cueto!!!

!!!Abajo la pena de muerte!!!

El programa socialista.

Pablo Iglesias. Marzo-mayo de 1886.

Revisado y corregido en 1910.

Por no ser demasiado prolijos, dejaremos de señalar los datos justificativos de que la historia de la Humanidad es la historia de la lucha de clases, y que esta lucha, mantenida constantemente, ha eliminado del campo de batalla a alguna de aquéllas, dejando en pie a la fecha dos clases no más. Sólo nos concretaremos a poner de relieve la existencia de éstas y los intereses distintos y opuestos que tiene cada una respecto de la otra.

Ante todo, desharemos un error que, unos de buena fe y otros interesadamente, sostienen todavía: el de que existe clase aristocrática y clase teocrática. Ambas clases desaparecieron con el advenimiento al Poder de la burguesía. La abolición total del feudalismo, debida en Inglaterra a la revolución del siglo XVI, en Francia a la revolución del siglo antepasado y en los demás países al triunfo de la monarquía constitucional, fué la muerte, como clases, del clero y de la aristocracia. Salvo los inútiles esfuerzos de algunos elementos clericales de nuestro país por volver al antiguo régimen y mantenerse separados de la clase dominante, los restos de las clases teocráticas se confunden hoy en todos los países con la burguesía, a la cual prestan sus servicios. De ningún modo, pues, deben considerarse como clases sociales los residuos de la aristocracia y del clero.

De las distintas clases sociales que en épocas anteriores existieron, sólo quedan la burguesía y la obrera; constituyen propiamente la primera los individuos que, disponiendo de los medios de producción, se apropian una parte del trabajo de los que están desposeídos de ellos; pertenecen a la segunda los obreros que, siendo propietarios de los instrumentos del trabajo, los ponen ellos mismos en función, e igualmente todos los proletarios que carecen de dichos instrumentos, y para poder vivir o, mejor aún, vegetar, vense forzosamente obligados a vender su fuerza de trabajo, sus brazos, por una cantidad muy inferior a los valores que produce. El militarismo, la magistratura, el clero, la policía, etc., etcétera, no son hoy clases sociales, sino instituciones mantenidas o creadas por la burguesía para que defiendan sus intereses; y los individuos que figuran en ellas salen de ambas clases, aunque la mayoría son reclutados en las filas de los desheredados.

Desde el momento que hay una clase—la burguesía—que vive a expensas de otra clase—la proletaria—, la diferencia, el antagonismo, el odio entre una y otra tienen forzosamente que existir. Mientras el desarrollo industrial, agrícola y comercial ha estado contenido dentro de ciertos límites, esas diferencias, antagonismos y odios han permanecido encubiertos algún tanto por las relaciones aparentemente armónicas y amigables que existían entre el obrero y el maestro o patrono. En esa época, los choques y conflictos entre unos y otros apenas existían. Pero inmediatamente que a la pequeña industria, al cultivo en pequeño y al comercio en reducida escala sucedieron los grandes talleres, la división del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres semipatriarcales existentes entre pequeños burgueses y obreros se borraron por completo, apareciendo en su lugar un antagonismo abierto, franco, declarado, que de día en día adquiere mayores proporciones. ¿Qué vemos actualmente dentro del taller? ¿Cuáles son, en el terreno económico, las relaciones entre asalariados y patrono? Para el burgués, cualquiera que sea su categoría, no hay más mira, más objetivo ni más interés que arrancar al obrero

la mayor cantidad de trabajo por el más corto salario. Que éste no alcance a cubrir las necesidades del que lo percibe; que la salud del asalariado se resienta por el excesivo trabajo que se le obliga a realizar; que, por lo mismo, su vida corre peligro de extinguirse en edad temprana, nada de esto, en tanto sea sufrido y tolerado por el que lo padece, interesa al burgués. Este, atento sólo a su negocio, no piensa más que en explotar cuanto puede a los que no considera sino como fuente de beneficios y riqueza.

Por su parte, el obrero, en lo que le permite su situación inferior respecto al patrono, el corto conocimiento de su estado y los escasos medios de que puede disponer, se cuida y preocupa únicamente de conseguir que su trabajo disminuya, que su retribución sea mejor que la que viene percibiendo y de gozar dentro del taller la mayor consideración. Si la conquista de estos beneficios pone en apuro al burgués de quien los reclama, por no poder competir con sus rivales en producción, al trabajador nada le importa. Y así como al patrono no le afectan las cuitas y dolores de los obreros, éstos permanecen impasibles ante las contrariedades o desdichas que puedan ocurrir a los burgueses. De la fuerza se valen los patronos para imponer sus condiciones a los obreros; de la fuerza de su unión se valen éstos para arrancar a sus explotadores una retribución mayor o una jornada más corta.

Por eso vemos cómo las huelgas, signo el más característico del antagonismo social, a pesar de costar de una parte y de otra cuantiosas sumas, se generalizan y revisten un carácter más imponente y amenazador cada día. En esta lucha, el obrero no cede hasta que el hambre le obliga, y el industrial pelea hasta que el vacío causado en su gaveta le impone la rendición. Y como en esta lucha de intereses, y en esta desigualdad de condiciones, el obrero desempeña siempre el papel de víctima y el burgués el de verdugo, la indiferencia con que éste ve la muerte de un obrero es pagada por los asalariados con la alegría que experimentan al saber la muerte de un burgués, de su enemigo.

Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase a clase.

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, en representación de la clase burguesa, ni prestan atención a sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al desarrollo de la clase expoliadora. Si, en vez de estar adormecidas, las masas proletarias pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la burguesía, nieganse a satisfacer las reclamaciones de aquéllos, persiguiéndolos con rabia por haberlas formulado, y sólo ceden cuando los obreros, como en la lucha económica, les hacen sentir su fuerza.

En estas contiendas, la clase proletaria tampoco tiene en cuenta si su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía: lo que a ella le importa es ver el modo de arrancarle el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que por error militan en los bandos burgueses no se hallan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

Por dondequiera, pues, que tendamos la vista, el an-

Biblioteca Nacional de España

Consejos útiles

En esta sección vamos a dar principio, en una serie de artículos, a divulgar una porción de conocimientos prácticos y útiles de Medicina que toda persona, por muy modesta que sea su situación cultural y económica, entiendo tiene derecho a saber; más en esta rama de la Biología, en que, muchas veces con la mejor intención, con la mayor buena fe y siempre con el cariño que nos guía en la aplicación de remedios para combatir dolencias en las personas que nos rodean, que queremos y que son carne de nuestra carne, remedios cuya aplicación va siempre presidida por la más absoluta ignorancia y desconocimiento en la materia, que un tanto por ciento muy crecido de veces hacen que se agrave la dolencia, y en otros casos, los menos, afortunadamente, que pague con la vida aquel a quien se aplicaron estos remedios, movidos por la más absoluta ignorancia, pero con un exceso de cariño.

¿Qué se debe hacer en presencia de un enfermo? Me supongo que todos al leer esta pregunta pensarán que lo primero es avisar al médico, ¿no? Claro, éste es el primer deber de toda persona medianamente culta; pero muchas veces no ocurre así, puesto que cuando llegamos a la cabecera de los enfermos, lejos de hacer esto que digo, algún familiar, por su cuenta, le hizo alguno de los remedios usuales, y a los que tan aficionados somos, para hacer bueno el adagio castellano de que de músicos, médicos y locos todos tenemos un poco. Y menos mal si este remedio se redujo a una cosa exterior o una cosa sin importancia, a pesar de que por ello no deja de tener peligro, sino que la inmensa mayoría de las veces, unas por no querer molestar al médico, otras porque la

situación económica, de por sí reducida en casa de los trabajadores, no permite distraer unas pesetas del exiguo jornal para cosa tan importante como la salud, el caso es que al enfermo se le purga, se le dan unos lavados intestinales, se le dan unos medicamentos que se desconoce su manera de actuar, la tolerancia y dosificación del mismo, no sabiendo si está indicado en aquel padecimiento. En fin, que se hacen unas cosas sin saber que aquello puede perjudicar a quien se quiso beneficiar.

Por esto que antecede se comprende que fuisteis rápidos en contestar a mi pregunta, sin tener en cuenta lo que en sí llevaba; y después de esto vuestro papel se reduce a una cosa bien sencilla: acostar al enfermo, absteniéndolos de darle nada, ni alimento siquiera, hasta que el profesional disponga lo que se debe hacer con él. Una vez hecho esto, y recibidos los consejos y plan curativo a seguir, cumplir éste al pie de la letra, con exageración, si queréis, exactitud en las horas de administración de alimentos y medicamentos, no variando las cosas mandadas, a pesar de que nunca falta alguien entrometido o aficionado a las mosas médicas que pone a vuestro servicio sus conocimientos o experiencia en aquella dolencia, sin tener en cuenta que las enfermedades nunca son iguales, no en personas distintas, sino en la misma persona, puesto que la resistencia del enfermo, sus condiciones de vida, taras hereditarias, intensidad de la infección, etc., hacen completamente distinto el curso de su enfermedad, y lo que en uno no tiene gravedad alguna, en otros llega a poner en peligro su vida.

Para demostraros esto que os digo os voy a citar un caso concreto, para que podáis apreciar vosotros mismos la razón que me guía al hablaros de esta manera. Una de las cosas más usuales y corrientes es que nos digan, cuando vamos por primera vez a una casa:

—Mire, doctor, yo le he hecho todo cuanto sé; le he purgado, le he puesto un lavado y le he dado una pastilla para sudar.

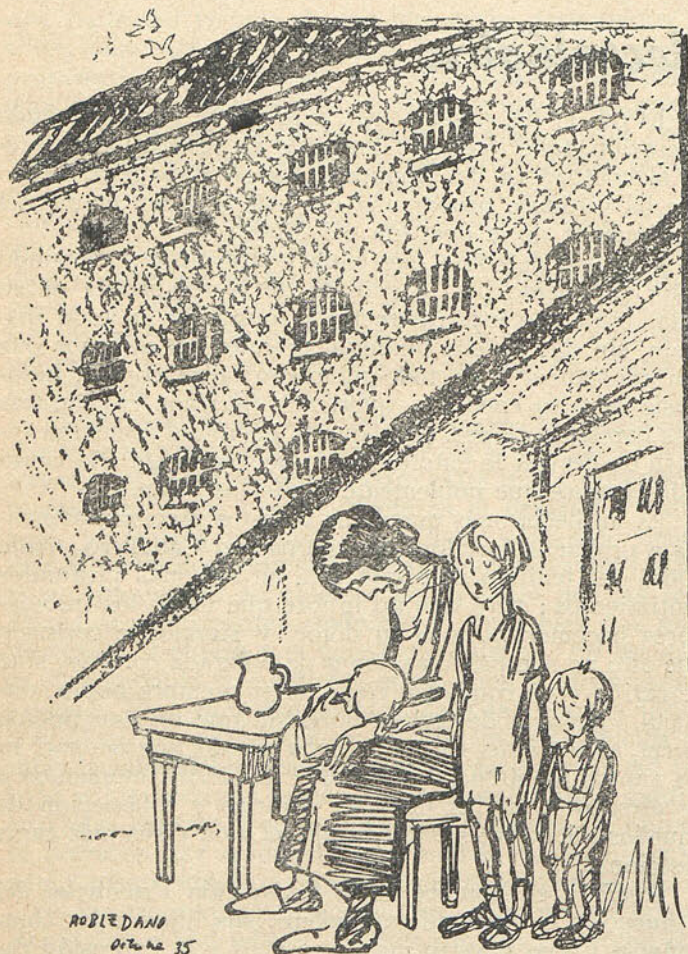
Bueno, a mí, francamente os lo digo, me tiemblan las carnes cuando me cuentan esto. Porque en muchos casos me he encontrado después con un ataque agudo de apendicitis, otras veces con una hernia estrangulada, algunas con un cólico hepático y hasta con úlceras de estómago perforadas. Y menos mal que casi siempre lo devolvieron; pero, de todas formas, el zafarrancho que su decisión produjo en el enfermo, para mí solo que lo veía y pasaba era. Y aquí tenéis una cosa que casi seguramente se hubiese pasado con una dieta absoluta, con hielo y cualquier calmante para mitigar el dolor en el caso mejor, o permitiéndole al médico escoger el momento más apropiado para intervenir quirúrgicamente con algunas garantías de éxito; por vuestra inexperiencia y vuestro apresuramiento nos obligáis a tenerlo que hacer con precipitación, en las peores condiciones de resistencia del enfermo y sin ninguna garantía de éxito; pues casi siempre estos casos son de unos resultados funestos para el mismo.

De aquí podéis sacar el siguiente consejo útil: Cuando tengáis en vuestras casas un enfermo que tenga dolor de vientre, vómitos, descomposición, hipo, etc., quieto en cama y no darle ni agua, y mucho menos purgarle, esperando a que el médico diga lo que tenéis que hacer, sin saliros para nada de todo cuanto os mande.

Aquí hago punto, pues este artículo tiene más dimensiones de lo que me había propuesto, y en los sucesivos os iré citando casos en relación con las enfermedades que vayamos exponiendo, para que tengáis unas nociones elementales en cuanto a las mismas.

DR. VICTORIANO JARABA,

Médico inspector de Transporte.



¡Basta de penas de muerte!

¿Cooperativa?

Interesantísimo es el tema que constantemente se maneja en la calle sobre concentración; siendo penoso que todos esos compañeros que exponen ideas, algunas con muy buen sentido, no sea en este boletín donde las concreten, para que de esta manera unos y otros pudiesen formar juicio sobre ellas y llegar a construir un estado de opinión que redundase en beneficio de todos.

Una de las ideas que parece que más ha prendido ha sido la de cooperación; y a todas horas se oye hablar de Cooperativa, sin que muchísimos de los que a ella se refieren tengan la más mínima noción de lo que es ni en lo que puedan estar ligados aquellos principios que sentaron veintiocho trabajadores de Rochdale, allá por el año 1844, con el interés de los trabajadores; y así tenemos que, tanto patronos como obreros, al definirse como cooperativistas no indican a la clase de Cooperativa a que se refieren, sembrando el confucionismo y la desconfianza, para terminar echando la culpa de sus males al organismo menos indicado.

En la industria taxista, a pesar de lo subdividida que se halla la propiedad, no puede negarse la existencia de un contingente completamente obrero; obreros sin aptitudes de llegar a emanciparse por medio de la adquisición de un carruaje, convirtiéndose en lo que algunos llaman dueños de la herramienta de trabajo: antiguo artesano. Aun en una concentración de la industria estos obreros habrían de existir, y ello me hace preguntarme, cuando se habla de Cooperativa, a qué clase de Cooperativa se refieren. ¿Cooperativa de consumo, a fin de encontrar más economías en garaje, lavado, cubiertas, aceite y seguro en la supresión del intermediario? ¿Cooperativa de trabajo, para mejorar el rendimiento y las condiciones del trabajo personal de sus asociados, contratando el trabajo en común de todos y ejecutando en común los servicios?

La primera, como obreros, no es de nuestra incumbencia; la segunda, difícilillo es, salvo muy pocas, honrosas excepciones, que fuese aceptada por los autopatronos; y de poder llegar a ella y no fracasar, es necesario primeramente concentrar la industria, ya que en esta clase de Cooperativas, para poder sostenerlas, es necesario mucha disciplina, y por ello ha de comenzarse poco numerosa, y en la industria de que tratamos, de ser pequeña la Cooperativa, moriría, ineludiblemente, a consecuencia de la competencia; pero aun olvidadas estas dificultades, tendríamos que tropezar a última hora con que el material de Cooperativa era propiedad del 50 por 100 de los cooperadores y el otro 50 por 100, aun estando en una diferenciación bastante notable en su aportación, tendría igualdad de derecho (en caso de excedencia de rendimientos) que los primeros en el reparto, ya que ésta ha de hacerse, por las características ineludibles de la cooperación, proporcional al valor asignado al trabajo personal puesto por los asociados en la obra común, y no por la mayor o menor cuantía de la aportación económica; lo que haría que muchos de los primeros se llamasen a engaño, con el consiguiente perjuicio en las relaciones de cordialidad que han de ser base sólida para la prosperidad de una Cooperativa de trabajadores.

Todo esto han de sopesarlo muy bien patronos y obreros; y en ningún momento estos últimos han de prestarse al confucionismo que parece quiere crearse alrededor de la palabra Cooperativa, que lo mismo puede ser interés de la clase patronal, sin ventajas ningunas para el obrero, que puede ser la obra común de todos; pero el obrero tiene una necesidad inmediata, y si ésta es cierto que es comprendida por el autopatrón, aunque no sea



Las malas cosechas es hambre para los trabajadores.

más que por razones de convivencia, debe comenzar por coadyuvar a su realización imponiendo, con el peso de su número en la industria, lo que parece olvidado por todos: el jornal y la jornada.

Hablemos de cooperativismo, sí; pero sin engañarnos, seamos patronos o seamos obreros. Nada de confucionismo. Los intereses de unos y de otros no pueden guardar paridad; y si los autopatronos creen que sí, comiencen por demostrarlo. Son los más en la industria: den ellos la pauta e implanten el contrato de trabajo. Obras son amores y no buenas razones.

UN DELEGADO

Estadística

Las indemnizaciones que el Estado español pagará en virtud de la contrarreforma agraria a los grandes de España expropiados a raíz del pronunciamiento de agosto de 1932 se elevan a 577.000.000.

Los latifundistas más favorecidos por la nueva ley son los siguientes:

- El duque de Medinaceli, que posee 79.146 hectáreas.
- El duque de Peñaranda, 51.015.
- El duque de Villahermosa, 47.203.
- El duque de Alba, 34.455.
- El marqués de la Romana, 29.096.
- El marqués de Comillas, 23.719.
- El duque de Fernán Núñez, 17.732.
- El duque de Arión, a quien deberán restituir 17.666 hectáreas.

- El duque del Infantado, que posee 17.171.
- El conde de Romanones, 15.132.
- El conde de Torre Arias, 13.644.
- El conde de Santiago, 12.629.
- La marquesa de Mirabel, 12.570.
- El duque de Lerma, 11.879.

El resto, hasta completar la suma de 485.000 hectáreas, es decir, 102.000 hectáreas, se reparte entre las familias de Riscal, Alburquerque, Elda, Tamames, Viana, Torno, Narros, Sotomayor, etc.

Las indemnizaciones que serán pagadas con los fondos del Tesoro público serán distribuidas en la siguiente forma:

Catorce grandes propietarios obtendrán 383.000.000 de pesetas.

Dieciséis grandes propietarios recibirán 102.000.000 de pesetas.

Y 68 latifundistas recibirán 92.000.000 de pesetas. O sea, en total, 577.000.000 de pesetas.

(Del Heraldo de Madrid.)

Labor de crítica

y III

He tratado, en un aspecto reducido, de la actuación de nuestra minoría en el Municipio madrileño. Mi intención—ya lo he dicho al principio—era la de demostrar, para subsanarlos en el futuro, que nuestra minoría había cometido errores, más grandes cuanto más fácil era el evitarlos.

Cuando escribo estas líneas se habla con insistencia de una posible convocatoria a elecciones municipales. Tengo confianza, si llegan a celebrarse, de ver nuevamente en el Ayuntamiento una fuerte representación socialista. De ser así, esperemos que nuestros concejales no vuelvan a incurrir en la candidez de dejar en sus puestos a los jefes de los distintos servicios que tanto «cariño» han demostrado hacia la República y tanto interés han puesto en que los huelguistas de octubre se quedasen en la calle. Hay que suprimir esos sueldos de *tres cincuenta* y *cuatro* pesetas que hoy cobran muchos obreros, y hay que evitar, en fin, que las Comisiones de obreros que van a exponer sus quejas, justísimas, a los compañeros concejales reciban una impresión tan desfavorable como le sucedió a un grupo de obreros eventuales antes de subirles el jornal, que al exponerle a Muiño la imposibilidad de atender con su mísero jornal—cuatro pesetas—al sustento de una familia, les contestó: «Menos ganan los que están parados; ustedes, con ese jornal ya pueden vivir.»

No le faltó más al delegado de Vías y Obras que decirles que hasta podían vivir con cierto lujo. Esa contestación, en labios de un burgués, sería natural; en labios de uno que se dice socialista es un sarcasmo. No puede sentir el Socialismo quien da una contestación que es todo un tratado de feudalismo...

Hay que evitar también — para esto sólo hace falta buena voluntad — el malestar que causan ciertas órdenes que, a la postre, a nadie favorecen y sí perjudican a un gran número de obreros. Para demostrarlo basta el siguiente caso:

Los choferes — y también el personal de Parques y Jardines, entre otros — hacían la jornada, de acuerdo los dos conductores de cada coche, con turno fijo; pero he aquí que el delegado de Vías y Obras ordena que los obreros que una semana trabajan por la mañana, a la siguiente lo hagan por la tarde. La intención que motivó esa orden era excelente desde el punto de vista del paro obrero, pues había choferes municipales que por la tarde prestaban servicio en casas particulares, y al hacerles cambiar el turno semanalmente se les obligaba a dejar la casa particular. Esto en la teoría, porque en la práctica quedó demostrado que aquellos que más interés tenían en conservar su «enchufe» consiguieron quedarse fijos en el turno que tenían para no perderlo. Esta desigualdad aumentó el descontento con que ya la «orden» se había acogido. Pasado algún tiempo se celebró en el Parque de Palacio una especie de plebiscito, que sólo obtuvo un voto favorable a lo ordenado por el delegado, a pesar de lo cual no llegó a rectificarse la mencionada «orden». Por una vez, el compañero Muiño, tan amante de la democracia, hizo de dictador. ¡Con lo que él aborrece *todas* las dictaduras!

Tenemos también los conductores otra «espina»: el asunto de la nieve.

Es costumbre, cuando hay fuertes nevadas, gratificar a los obreros que trabajan en la limpieza de las calles para compensarles de las madrugadas y horas extraordinarias que se ven precisados a trabajar.

Si no recuerdo mal, fué en el invierno de 1932-33 el caso de que hablo. Como de costumbre, barrenderos y choferes trabajaron durante los días de nieve las horas extraordinarias que fueron necesarias. Meses después a los barrenderos se les daba una gratificación igual a día y medio de jornal. Los conductores, a pesar de las promesas del delegado de Vías y Obras, aún no hemos percibido esa gratificación.

Para terminar: Creo que se pueden administrar bien los caudales del Municipio y atender a los obreros en sus justas aspiraciones. En el primer caso han obrado bien nuestros concejales; en el segundo han dejado mucho que desear.

¡Ojalá no haya que volver a insistir sobre esto!

A. DE LA PUEBLA

XX

ADIVINANZA.—¿Cuál será el gestor que a final de año (suponiendo..., suponiendo...) haya batido el «récord» «kilométrico» con los nuevos coches?

A quien lo acierte le prometemos un buen paseo en el «auto» del gestor-jefe.

* * *

Ya se habla de comprar cuatro coches más para servicio de los gestores.

¡Hay que ver cuánto dinero hay en el Ayuntamiento... para comprar coches! ¡Y cuántas lágrimas se van a derramar el día que haya elecciones!

A. S.

XX

Los tiempos son llegados. El decreto ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada. La civilización, cediendo a los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado a comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. Los «Te Deums» no hacen gran efecto, y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio; no importa llamarse César o Napoleón, porque no se cambia la figura del asesino aunque se ponga sobre su cabeza, en lugar del gorro del presidiario, una corona de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades absolutas. Deshonremos la guerra. No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar hombres. No; ¡oh madres que me rodeáis! No puede ser que la guerra continúe arrebatándoos vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca por dolor, que los hombres nazcan, que trabajen los pueblos y siembren, que los aldeanos fertilicen los campos con su sudor, que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el genio prodigios, que la vasta actividad humana multiplique, en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las creaciones, para llegar a esa horrorosa exposición internacional que se llama un campo de batalla.

VÍCTOR HUGO

Pensando en la guerra

Setecientas familias italianas, según los datos oficiales, pasan por el doloroso trance de haber perdido a un ser amado en las inhóspitas tierras africanas: setecientos soldados que, impulsados por un imperialismo medieval, han dado su vida en holocausto a las ansias ciegas de un cerebro atrofiado de apetitos imperialistas. Setecientos soldados que han muerto agarrados al fusil en aras de una demagogia patriótica. Setecientas jóvenes vidas truncadas en un hecho «civilizador».

Mil soldados abisinios, en defensa de su independencia, dieron su sangre a las hordas invasoras. Mil setecientas víctimas de un injustificable delirio de poderío regaron con su sangre los alrededores de Adua.

No tiene justificación honrada la matanza que con el nombre de civilización fascista lleva a cabo en el territorio etíope el imitador del que, humillado, murió en Santa Elena.

En nombre de una «expansión» nacional, y basándose por añadidura en la mediocre cultura del pueblo abisinio, las tropas regulares italianas, pertrechadas con los más modernos aparatos «civilizadores», asesinan de una manera alevosa a los indefensos abisinios. ¡No hay derecho!

La Sociedad de Naciones, gracias a la presión ejercida por la diplomática Inglaterra, y por un número aplastante de votos, ha emitido un fallo condenatorio a la conducta del «duce», declarando agresor a su país, y, por lo tanto, la aplicación del artículo 16 de los estatutos de aquella Sociedad.

El astuto Laval, político con demasiada política, trata de desviar el asunto y que las sanciones sean aplicadas a largo plazo. Esto deja vislumbrar una táctica pacifista, y al tiempo dejar obrar al que se cree nuevo emperador romano; esto es: practicar el difícil arte de nadar entre dos aguas. Francia quiere reservarse un segundo o tercer papel en este enredoso pleito. No obstante, la cosa está clara. El fascismo italiano y el naciismo teutón no están muy amigos que digamos. Francia no duerme tranquila pensando en que Alemania se decida a «sacarse la espina» que le atraviesa el corazón desde la Gran Guerra. Y, claro es, una oposición abierta de Francia hacia Italia le hace pensar al Sr. Laval en que Italia, si Alemania agrediese a su país, podría, o bien aliarse con Alemania, o bien lavarse las manos. Esto es un peligro para el país del de los bigotes lacios. La segunda parte tampoco es muy risueña que digamos para el presidente del Gobierno francés. Inglaterra se ha puesto enérgicamente al lado de Abisinia. ¿Intereses? ¿Justicia? No hace al caso. Lo esencial es que sir Hoare y Eden le aprieten a Laval y exigen una posición clara y rápida. El país de Gales es el brazo derecho de Francia, y en

Forma primitiva de cocer huevos

El primer método de cocinar huevos que se conozca en la Historia es el empleado por los pastores egipcios, quienes los cocinaban sin hacer uso del fuego. Los huevos eran colocados en una honda, a la que hacían girar con tan gran rapidez que el roce o fricción del aire los calentaba hasta cocerlos.

(De *Literary Digest*, de Baltimore.)

una probable agresión de los alemanes a los galos, Inglaterra saldría en defensa de éstos, y su ayuda no es despreciable. ¡Pobre Laval!

Alemania, el Japón, los Estados Unidos... permanecen silenciosos y esperan con cachaza y aviesa intención el desenlace del pleito.

Rusia, por medio del gran Litvinof, pide a la Sociedad de Naciones que las sanciones sean aplicadas con rapidez y se investigue minuciosamente la importación y exportación de las naciones que se han abstenido de votar en Ginebra, con el fin de evitar una casi segura ayuda comercial al país agresor.

España también espera. Los capitalistas españoles fijan sus ojos en Abisinia, se relamen de gusto, se acuerdan de Sota, de Riesgo, etc.; ya piensan en los mulos, en el carbón, en el contrabando. Creen que volverán los años de las vacas gordas; no se acuerdan de la sangre precisa, y si se acuerdan les importa poco, que hace falta para acrecentar sus ya caudalosos capitales.

Todos esperando, y mientras, siguen muriendo soldados, hermanos trabajadores que debían haber nacido para un fin más humano: para el engrandecimiento del mundo y una paz internacional.

«SIL»

=====

La fecundidad del suelo se agota

«En poco tiempo el mundo ha presenciado la más extraordinaria culminación del agotamiento de ciertas tierras.» Así caracteriza el desgaste de las tierras cultivables H. H. Bennet, perteneciente al *Soil Erosion Service*, del departamento de Agricultura de Estados Unidos. Refiriéndose a ese mismo país, agrega: «Desde que se realizaron los primeros ensayos completos de colonización han pasado tres siglos. Pero muchas de nuestras tierras, ahora completamente agotadas, sólo conocieron el arado hace escasamente cincuenta años.» Una extensa zona mensurada por el *Soil Erosion Service* revela que 50 millones de acres de tierra, antes fértil, son ahora infértiles, debido al desgaste producido por los cultivos; otros 50 millones se hallan casi en las mismas condiciones. 125 millones más, la mayor parte sembrados, han perdido, o poco menos, toda su fecundidad, y otros tantos millones están en camino de perderla, lo que evidencia que la tierra cultivable de Estados Unidos se arruina en una proporción de 100.000 acres por año.

«Tenemos ante nosotros—termina Bennet—el ejemplo de civilizaciones otrora florecientes, cuyas tierras agotaron su capacidad de producción debido al desgaste, particularmente en Siria, Turquía y China.»

(De *Bulletin of Agriculture*, de Washington.)

=====

Compañero taxista: Mientras tú trabajas una jornada agotadora, sin que te reporte ningún beneficio, existe una gran cantidad de compañeros que pasan hambre por no tener donde trabajar.

La jornada de catorce y dieciséis horas que tú trabajas supone la jornada de trabajo que quitas a otro compañero y la tuya, con perjuicio para el compañero y sin beneficio para ti.

Taxista, abstente de trabajar más de tu jornada máxima, que ya es bastante.

Sobre el taxi

Parece que, por fin, las Sociedades patronales de taxis se deciden a salir del letargo en que estaban sumidas y a entrar en período de actividad para procurar hallar una solución al problema de la industria. Nada les critico; nunca me parece tarde si la dicha es buena, y lo único que les deseo es que en los componentes de sus respectivas Asociaciones encuentren el apoyo suficiente y la necesaria buena voluntad para llegar al fin que parece desean.

Grandes dificultades han de encontrar para llegar a la solución; pero estas dificultades han de procurar obviarlas con constancia y fe, sin olvidar en ningún momento compromisos que han de cumplir con la clase obrera, que ya ha esperado demasiado una solución que no es de su incumbencia, y que, por tanto, está dispuesta a salir por sus fueros, para que la industria no la tenga sumida en la mayor indigencia con el alegato de su administración caótica. Cuatro años y medio llevan los obreros esperando el cumplimiento de unas bases de trabajo que vinieron para humanizar el del chofer del taxi; cuatro años y medio que llevan viendo cómo la clase patronal ha recurrido a todos los medios a su alcance, a todas clases de añagazas, para evitar su cumplimiento, basándose siempre en la falta de medios económicos de la industria para hacer frente a la carga que suponía el contrato; y, sin embargo, durante esos cuatro años y medio han visto los obreros que la clase patronal sí podía hacer frente a todas aquellas cargas e impuestos que iban surgiendo, al mismo tiempo que reponían el material con una renovación que subía a una cantidad considerable de millones.

Al obrero del taxi no se le oculta la situación de la industria; no se le puede ocultar, ya que todo pasa por sus manos; pero el obrero de la industria del taxi tiene que estar con relación al patrono en la misma en que se halla el usuario con la industria. El usuario, en el mo-

mento en que va a ser cliente del taxi, ha de ver si en sus bolsillos lleva suficiente dinero para pagarlo con arreglo a tarifa, y ésta no se le disminuye por su más o menos precaria situación económica; si tiene para pagar, hace uso del taxi; si no tiene, va en el tranvía o andando. El patrono del taxi debe ver que el sueldo del conductor del coche es una cifra invariable, al igual que el precio de la patente, el aceite, la gasolina, las gomas, etc., etc.; y si su industria no da para pagar al obrero que produce, que la quite; pero que nunca sostenga ésta a base de lo que no es suyo: el precio de la mano de obra.

Esperamos que ahora resuelvan en definitiva el problema, que reorganicen la industria en forma que el obrero de ella tenga su jornal y jornada, y que la competencia entre ellos, si creen que debe haberla, no sea a costa de esto, sino de la suntuosidad y buen cuidado del material; y que tengan en cuenta que si no se deciden a entrar a fondo en la solución, es que pueden esperar; pero que el obrero no se encuentra en las mismas condiciones y ha llegado ya al límite de donde podía, y, por tanto, ha de poner cuantos medios estén a su alcance para dejar de ser la víctima de la pésima administración de la industria y alzarse por la reivindicación de sus derechos vejados y atropellados por quien no sabe defender sus propios intereses.

Estemos todos en pie y vigilantes, con la atención puesta en lo que pasa, sobre todo en esos espíritus híbridos, incoloros, sin sabor ni olor; pero que tan pronto prestan su apoyo a cualquier tendencia política, sea ésta burguesa u obrerista, como están haciendo ostentación de apoliticismo; nosotros tenemos que ir por lo que debemos, y para ello fijamos nuestra posición, siguiendo ésta sin desviaciones, dentro del credo abolicionista de la economía burguesa. Que los patronos reorganicen la industria; pero si no lo hacen, impongamos nosotros aquello que es nuestro derecho: el jornal y la jornada.

EFEBE

Las penas de muerte en Escocia

Un hombre recientemente convicto de un asesinato y sentenciado debidamente a muerte por la Alta Corte de Glasgow, consiguió que su apelación fuera apoyada por la Cámara de Apelaciones en lo Criminal.

Este individuo se libró, pues, del patíbulo gracias a una argucia; pero el episodio nos hace recordar que Escocia es un país donde, como en ninguna otra parte, los asesinos están a salvo. Hace no menos de diez años que no ha habido una sola ejecución, y esto no se debe a que el índice de crímenes haya disminuído, ni a que los criminales sean menos alevosos y más astutos, ni a que la policía sea menos eficiente que la de Inglaterra, donde la ley se cumple con toda severidad en esos casos. Es que hay una manifiesta repugnancia general a exigir y consumir las sentencias de muerte.

(De Listener, de Londres.)

Pide el indulto de Florentino Prieto Cueto, cobrador del tranvía, de Oviedo, condenado a muerte por un Consejo de guerra.

Federación Provincial del Transporte:

Piamonte, número 7. Teléfono 47719

Los despilfarros de la guerra

En muchas discusiones que se originan por cuestiones de guerra, generalmente se olvida mencionar el enorme despilfarro en la adquisición de equipos y provisiones. Un ejemplo clásico se tiene cuando el país entró en la guerra. No obstante que el ejército sólo tenía 86.000 caballos, algunos individuos de imaginación tropical hicieron estos pedidos: 945.000 monturas, 1.000.000 de mantas, 1.500.000 cepillos, 2.000.000 de morrales y 2.000.800 cabestros.

(De Atlántica, de Nueva York.)

Importante

A todos los compañeros que escriban a los presos se les ruega envíen el sello para la contestación, para no gravar más la situación económica de estos camaradas.

Gráfica Socialista: San Bernardo, 82.